

## El temible Aguirre, tiene esperanzas y afectos

Entrevista por Ana María Cano

Detrás del intelectual afilado como columnista y polemista, está Alberto Aguirre el hombre que lleva disfrutando toda una vida de amor al arte

**E**l azote de muchos, “el doctor No”; sus columnas son temidas y buscadas. Librero, crítico de cine, abogado en receso, intelectual, una palabra que no le gusta para designar eso que hace. Devora periódicos y revistas, oye radio, quiere tener lo que pasa en el mundo presente en su cabeza. Su compañía ha sido clave en varias generaciones, desde Fernando González de quien estuvo cerca, pasando por los nadaístas, por Gonzalo Arango y Carlos Castro Saavedra, hasta ahora cuando es contertulio de Héctor Abad Faciolince y de otros, en ratos en que destierra su talante de ermitaño, de estudioso. Tampoco es huraño cuando asiste a cálidas reuniones familiares donde hay más



médicos por metro cuadrado que en un hospital. Oficia de descreído que es un papel que conoce a fondo: como periodista y como abogado no ha hecho más que analizar los hechos y dudar.

—¿Cómo vive?

—Rodeado de médicos por todas partes menos por una: por donde me uno a la vida. (Risotada) Hasta en las reuniones familiares toman la tensión y por mí pasan derecho. Yo no me dejo, el que busca encuentra. A un sobrino médico le digo que tengo 73 años y lo voy a llamar para que firme el certificado de defunción. Que me voy a morir es más o menos seguro, pero espero morirme tranquilo, sin enfermedades. Llevo una vida sana, no tomo trago y sólo tomé en una época unos aguardientes con Manuel Mejía,

Carlos Castro, Oscar Hernández y Arturito Echeverri (el novelista Arturo Echeverri Mejía) y Gonzalito (Gonzalo Arango).

—¿Por qué el diminutivo?

—Son los seres más dulces, con el alma más tierna, dos puros de corazón. Les digo así aunque Arturo es un hombre vigoroso que construyó él un barco, el Antares en el que se embarcó en el Vaupés e hizo una travesía a vela que fue hazaña mundial y en el año 46 vi periódicos australianos hablar sobre esto. El drama de los pueblos pobres es que no tienen memoria. Arturo y dos tenientes de marina colombianos salieron al Amazonas y sortearon La Bororoca, que es la fuerza del mar contra ese río tigre. Salieron por el mar costeano hasta Cartagena. Fueron recibidos como héroes.

—¿Cómo era Medellín entonces?

—Era como un versito que oí en Copacabana, “en 50 años que tengo de llamarme Sor Teresa no he visto cosa tan grande con semejante cabeza”. Sustancialmente Medellín no ha cambiado en su esencia de urbe, un conglomerado que sigue siendo aldea en el espíritu. Medellín parece un perol y tiene esa forma física. Grandes montañas con salidas estrechas: está encajonado y eso determina la conciencia del entorno, es determinante en el modo de ser. Un pueblo que mira y al frente ve una barrera es un pueblo encogido y recogido. Es un determinismo geográfico. Y además reducimos a Antioquia a Medellín también en la acción política, cuando hay regiones distintas, tenemos mar y lo ignoramos, el espíritu costeño no ha penetrado a Medellín que tiene un centralismo oscuro. El aldeano no se deja penetrar por el mundo, como el chipirón —un pescadito español—, se cocina en su tinta. No tenemos visión del mundo. Los escritores aquí también han sido aldeanos.

—Y muchos se han ido...

—Dos escritores como Porfirio Barba Jacob y León de Greiff, se fueron. Estar centrado en Medellín no quiere decir que sea mal escritor: Barba se fue siendo en 1908 un maestro de escuela en un corregimiento de Santa Rosa y comienza a hacer poesía mística, sentimental, porque se tuvo que ir; fue a La Habana y luego a México, era un desesperado, un homosexual, sirvió a dictadores, se hizo famoso y en el 27 regresa a Colombia en su madurez poética y después de haber fundado periódicos como *Reforma* de México. La marca del antioqueño es ser raizal, a pesar de que reniegue, vuelve. Llegó a Cali y se aburría: dijo “es un garaje con obispo” y eso es hoy Cali.

—¿Quién lo influye para hacer su ruptura?

—Ni siquiera Fernando González que es el que más he querido como intelectual y ser humano. Había una orfandad entonces y hoy también para los hombres de letras, que es nombre fastuoso que me choca usar... Me miro por las mañanas al espejo y me digo vos sos un hp. La vanidad es mortal y la fama sabe a ceniza. El momento de ruptura, como en el templo de Delfos es “Conócete a ti mismo”: es el primer deber de

todo ser y el más difícil. Porque nos vemos al espejo, porque convivimos con nosotros, nos creemos conocer. Uno es un enigma para uno, si dice que se conoce, se engaña. El “sólo sé que nada sé”, cartesiano. Es más fácil llegar a conocer a otra persona que a sí mismo. Uno es “un bateau ivre”, un barco ebrio como dice Rimbaud.

—¿Su papá influyó?

—Mi papá era un hombre rebelde, crítico, duro conmigo. Fue Gobernador de Antioquia y viví tan cerca las miserias, maldades y cobardías que le hicieron a mi papá que eso me alejó de la política. Mi papá era honrado, porque murió pobre a los 46 años y quedamos en la inopia. Yo tenía 18 años. Mi papá influye porque tenía mucho coraje.

—¿Por qué estudia derecho...?

—Es una profesión que te encasilla. A los 21 años terminé en la de Antioquia, a los 23 fui juez, a los 24 fui profesor en la Universidad de Medellín y a los 30 Magistrado. Era y soy muy buen abogado porque tengo la tendencia a hacer las cosas bien. Ser abogado es una buena habilitación para el periodismo, porque aprende a escudriñar los hechos, a investigarlos, los discierne, los cataloga en lo que es importante. La esencia del derecho que es el amor a la verdad y el periodista busca la verdad.

—¿Cómo llega al periodismo?

—Obedece a fuerzas íntimas, ciegas. En el 53 llegó la Agencia France Press a instalarse aquí. Las noticias venían por teletipo desde París, llegaban en francés, había que traducirlas, titularlas y mandarlas a los medios. Iba con unos amigos, allí nos poníamos a hablar con Edgar Gómez que manejaba la agencia. Me ponía a traducir las noticias, les ponía el título y un día me dijo: vos sos periodista porque sabés titular. Era una diversión, como ir a jugar ping pong que es lo que más me gusta. No llevaba más de tres meses y me encargaron de la France Press. Me produjo angustia, alegría, desazón, el cambio de rumbo. A los siete años salí, fui magistrado dos años y empezó la Librería Aguirre.

—¿Cómo fue?

—Federico Ospina primo hermano de Gonzalo Arango, había fundado una librería. A los dos meses fracasó, se las había entregado a los nadaístas. Le compré la librería, yo que no había vendido un lápiz. Y me fue muy bien, encontré a Aura López y fue el alma. Fundo el Cine Club de Medellín, una aventura con Eddy Torres, Rafael Vega, René Uribe Ferrer, Jorge Velásquez. La Librería me permitió ponerme a leer y estudiar, hice cursos de PhD propios en historia y filosofía, con método y horario. Hice la revista *Cuadro*, que tuvo una influencia en la ciudad.

—¿En qué ha avanzado Medellín?

—En gastronomía. Hay mucho donde comer y antes no había. La comida paisa es muy basta, una cultura que no conoce el queso sino el quesito es horrible. El primer

restaurante se llamaba *El Gambirinus*, de un austriaco, en la carretera al mar, hacían Pato a la Naranja. Ahora hay buenos restaurantes. Y hay más libros: la imprenta de la Universidad de Antioquia, la de la Bolivariana, la Departamental, Eafit, hacen publicaciones. El teatro en cambio no me ha interesado, creo que murió el siglo pasado y subsiste sólo el rito que no dice nada a la gente, es como los católicos en las catacumbas, no influye, es como ver televisión en circuito cerrado. El cine comienza a tener influencia por obras como las de Víctor Gaviria y documentales en la televisión, en el Canal U y en Telemedellín, son una apertura.

—¿Y el país cómo lo ve?

—Como castillos de arena en la playa que el agua va desmoronando, con los signos más ostensibles y más amargos. Una sociedad para subsistir necesita un principio unificador de las distintas fuerzas sociales, que unifique a los contrarios y que no los elimine. En Colombia no existe un principio unificador, nos estamos reventando los trastos y no sólo los militares, los guerrilleros, los paramilitares y los delincuentes; todos estamos muy bravos unos con otros, contradecir al otro te da miedo y “lo matas”; no sabemos que el otro es otro, tiene una opinión diversa que se puede entender y discutir. El estado de derecho se acabó y surgen fuerzas sociales caóticas enemigas en todos los campos sociales. Aunque se ven pequeñas luces, seres humanos purísimos, que hacen cine como el de Víctor Gaviria, o música como ahora lo hace Eafit, con una Sinfónica, con la Biblioteca, para que la tierra no sea un erial. El empeño de *La Hoja* por hacer una vida nueva, de Héctor Abad por hacer una nueva literatura que usa la ironía y la sátira desconocidas en la literatura latinoamericana. Un pueblo nunca muere, sigue teniendo fuerza, aunque las estructuras de poder privado y público están en descomposición. Sin estos elementos caeríamos en el infierno, en lo más ínfimo. Un pueblo que se niega a morir, organizaciones populares, gente que lucha, que se sacrifica. Siempre hay una esperanza. Y fructificará.

**Marzo de 2000**